

SI EL QUE SUFRE  
ES EL HIJO DEL HOMBRE



Piero Coda

# SI EL QUE SUFRE ES EL HIJO DEL HOMBRE

La oscuridad no es oscura para ti,  
la noche es clara como el día,  
da lo mismo tiniebla o luz.

*(Salmo 139)*



Ciudad Nueva

Título original:

*Quando a soffrire é il Figlio dell'uomo*

© 2009, Edizioni Camilliane

Strada S. Margherita 136, 10131 Torino, Italia

[www.camilliani.org](http://www.camilliani.org)

Traducción: *Isaías Hernando Chicote*

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

Edición: *Aurelio Romero*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva

José Picón, 28 - 28028 Madrid

[ciudadnueva.com](http://ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-366-9

Depósito legal: M-3.805-2017

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## INTRODUCCIÓN

Aceptando algunas amables sugerencias me he decidido a recoger algunas reflexiones sobre la misteriosa y multiforme realidad del sufrimiento que a todos nos hermana. Se trata de sencillas incursiones en el tema, realizadas en distintos momentos como respuesta a algunas peticiones concretas. No es algo orgánicamente pensado ni cuidadosamente terminado. Únicamente he realizado algunas pequeñas correcciones para unir y armonizar el conjunto, gracias a la colaboración de Maciej Bielawski, Carlo Mercuri y Julie Tremblay, con la esperanza de ofrecer algo útil y grato para el lector.

Sin embargo, al releer estas páginas, surge espontáneo el deseo de realizar una lectura más profunda y, al mismo tiempo, más sencilla y unitaria. Sin olvidar la variada y enriquecedora multiplicidad de caminos que el hombre ha recorrido para responder con sensatez y responsabilidad a este interrogante, grande y universal. Un interrogante que no es nunca meramente teórico, porque nace de un grito, pequeño o grande, interior o exterior, personal o colectivo, que, bien pensado, es raíz y vértice de toda búsqueda humana.

La clave de lectura unitaria que, con cierta sorpresa, he visto que imprimía su sello a las fragmentarias meditaciones aquí propuestas es la que trata de dar figura al título de esta obra: *Si el que sufre es el hijo del hombre*. El apelativo «hijo del hombre» es el que Jesús prefiere y el que se atribuye a sí mismo. Casi por una coincidencia de los opuestos, lo que define su singularidad, de acuerdo con su propio sentir, es precisamente lo que le acerca, más aún, lo que le identifica con todos nosotros.

En el «Hijo del hombre», el primer Adán que vive en todos nosotros descubre al fin su propio rostro y su propio camino en el tiempo hasta brotar en el eterno hijo de Dios.

Por eso, por ser hijo del hombre, Jesús sufre, y sufre tanto que la imagen que mejor le representa es la del crucificado en el madero del Gólgota. Por eso, cada uno de nosotros puede sentirse uno con él, otro «Cristo pobre». Cuando sufre, puede sentir a Jesús cerca de él. Es más, puede descubrirlo dentro de él.

Y puede experimentar el soplo arcano y esperado de una vida distinta y nueva que mana precisamente de allí, de su propio sufrimiento perdido en el de Jesús. Intuyendo que para Jesús el sufrimiento es la forma más paradójica pero tal vez también más verdadera de amar. Es decir, hacerse hombre según el corazón de Dios y llevar en su carne, transfiguradas, las heridas propias y ajenas. Como las que lleva el hijo del hombre cuando se aparece a los suyos en el cenáculo el primer día después del sábado, signo irrefutable del octavo día que irrumpe en las obras y en los días de nuestra existencia cotidiana.

Así pues, el sufrimiento como síntoma impracticable pero ineludible del parto de amor que renueva al hombre en Dios, y con él la creación entera.

*Piero Coda*

# I. JESÚS Y EL SUFRIMIENTO HUMANO

## 1. *La figura del sufrimiento hoy*

El sufrimiento humano hoy es el mismo de siempre: siempre nuevo, siempre singular, siempre dramático. Para aquellos que lo viven en primera persona y para aquellos que se dejan interpelar personalmente por él. Con todo, el sufrimiento hoy presenta una peculiaridad que lo distingue del pasado. En sus distintas formas y manifestaciones, el significado del sufrimiento tiende a diluirse, hasta hacerse evanescente, bien porque busquemos en vano un significado plausible, bien porque lo narcotizamos dentro del flujo de una vida que no conducimos nosotros mismos, sino otros.

En definitiva, hoy la figura del sufrimiento tiende a ocultar ese dato originario y misterioso de la pasividad, que es intrínseco a la experiencia del sufrimiento. Una pasividad no deseada ni esperada sino impuesta, que es interrupción, frustración y disgregación, anticipo realista e ineludible del final. Esta experiencia de la pasividad pone crudamente al descubierto la seriedad de un dato de hecho: el hombre es relativo, no es absoluto; es decir, no se encuentra desvinculado de toda referencia, sino entrelazado en un manojo de relaciones que connotan y propician su identidad. Cuando se encuentra en situación de bienestar, tiene una conciencia más o menos explícita de las múltiples relaciones que vive (con su propio cuerpo, con la psique, con el otro, con la naturaleza, con el sentido último de su destino, con Dios). Pero cuando el sufrimiento acecha o interrumpe algunas o todas estas relaciones, pone de manifiesto su identidad más íntima.

A ese ser en relación, el sufrimiento se le presenta como un caso serio, donde entra en juego «quién es» la persona. Cuando el contexto relacional no muestra de forma evidente el significado de la existencia, y ni siquiera lo promete o lo anticipa, también el sufrimiento pierde su valor y su sentido. Entonces, se desencadena una inquieta e insuperable angustia, o bien la búsqueda de un aturdimiento que sofoque, la de por sí, insostenible herida. Esto se da con mucha frecuencia en nuestro tiempo, donde se ha perdido el entramado tradicional y plausible de relaciones capaces de sostener y orientar de forma fiable la percepción del significado humano del sufrimiento y la gestión compartida y solidaria del mismo.

El evangelio de Jesús tiene algo decisivo que decir a este nivel de significado antropológico. No se trata sólo de luchar contra las formas de sufrimiento físico, psíquico o espiritual que podemos y debemos vencer, o cuya devastadora incidencia podemos, al menos, atenuar con los instrumentos que la ciencia y la técnica pone a nuestra disposición. Tampoco se trata sólo de compadecer, acompañar y compartir con los que sufren de algún modo. Además de hacer todo eso con determinación y responsabilidad, se trata de seguir a Jesús, dándole voz y gesto en el arte de enseñarnos de nuevo, y de forma nueva, a vivir el sufrimiento y a gestionar el sentido humano del mismo.

Bien pensado, eso es precisamente lo que hace Jesús. No hay duda de que Él es un buen samaritano que no desaprovecha ninguna ocasión para sacar del abismo del sufrimiento a quien se encuentra en su camino. Pero al mismo tiempo va directo a la raíz de la cuestión. No diserta de forma abstracta sobre el origen y el sentido del sufrimiento. Al contrario, asume su seriedad y sitúa al hombre ante su originaria grandeza y ante el infinito horizonte de su destino. A este propósito, quiero detenerme en dos perícopas del evangelio de Marcos. En la primera, usando una distinción propuesta por Giuseppe



Cinà<sup>1</sup>, Jesús se sitúa «ante» el sufrimiento humano; es el encuentro con el parálítico (Mc 2, 1-12). En la segunda, Jesús entra «dentro» del drama del sufrimiento, tal y como atestigua su misterioso e inquietante grito en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 24).

## 2. Jesús «ante» el sufrimiento

Leemos al comienzo de la primera perícopa: «Le vinieron a traer un parálítico llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el parálítico» (Mc 2, 3-4).

El hombre del que se habla está afectado por una parálisis. Es como si una fuerza oculta e irresistible le hubiera debilitado y oprimido y ahora le tuviera clavado sin posibilidad de realizar ningún movimiento. El hombre, creado por Dios como espíritu viviente y libre, está reducido a un bloque de piedra.

Pero he aquí el golpe de escena de Jesús: «Viendo Jesús la fe de ellos, le dijo al parálítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”» (Mc 2, 5). Jesús ve la fe de ellos, que se entregan a su poder soberano (*exousía*) con total confianza y sin condiciones<sup>2</sup>. Y, como toda respuesta, sentencia: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mc 2, 5).

Es como si, para él, la parálisis del cuerpo fuera signo de otra cosa infinitamente más profunda y grave. También el corazón del hombre puede estar debilitado, oprimido y clavado. También el corazón del hombre puede dejar de ser un corazón

<sup>1</sup> Cf. G. CINÀ, «Sofferenza - Approccio teologico», en *Dizionario di Teologia pastorale sanitaria*, Edizioni Camilliane, Turín 1997, 1178-1197.

<sup>2</sup> J. GNILKA, *El evangelio según San Marcos*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1999, 101.

de carne, donde vibra el palpito del amor, para transformarse en un corazón de piedra replegado y cerrado sobre sí mismo. Es el pecado, no entendido como una determinada infracción de la ley moral, sino como una «equivocación de objetivo»: sea en el sentido de no realizar el designio al que el hombre está destinado sea en el sentido de no mantener el pacto de alianza con Dios, ofrecido gratuitamente por Él, con el que se ha comprometido justo para realizar este designio

El pecado, según el nuevo lenguaje de Jesús, cierra el corazón del hombre al amor del *Abbá* y de los hermanos, le impide reconocerse como hijo, contradice la vida. El hombre, alterado y desfigurado, deja de caminar con libertad y sencillez en la aventura de la vida bajo la guía interior del Soplo de Dios. Al intentar reconducirlo todo a sí y para sí, se encuentra frío, vacío, solo, endurecido e incapacitado para el amor, la libertad y la alegría. Porque en el pecado, al intentar poseerse y poseer, el hombre engendra todo tipo de violencia, opresión y sufrimiento. Consigo mismo y con los que le rodean.

Jesús lo primero que hace con el parálítico es perdonarle los pecados. Con ello le dice que Dios le ama, que le ve con ojos nuevos y le da la gracia de nacer de nuevo. En realidad, sólo Dios puede desbloquear al hombre encerrado en sí mismo, desatar los lazos que lo tienen prisionero, abrir de nuevo el camino del encuentro con Él y con los hermanos y, de paso, consigo mismo.

Por eso, la reacción de los escribas es de escándalo y de apremio: «¿Por qué este habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?» (*Mc 2, 7*). Lo cierto es que también Jesús conoce el grito que irrumpe desde el corazón del hombre. Porque Jesús es el Hijo del Padre, es decir el rostro escondido del hombre que puede ser contemplado ahora, en la «plenitud de los tiempos», por el parálítico y por cualquier otro hombre que se encuentre con Él.